

Desde la publicación de las obras de Bernad E. Doering (*Jacques Maritain and the French Intellectuals*, 1983) y Jean Daujat (*Jacques Maritain: un maestro para nuestra época*, 1981) tan sólo se han publicado dos libros que analicen en su conjunto la trayectoria intelectual de Maritain. Se trata de la obra de Ralph McInerny, *The Very Rich Hours of Jacques Maritain: a Spiritual Life* (2003) y la de Juan Manuel Burgos. Sin embargo, ésta última ofrece un aspecto novedoso respecto a las anteriores: una valoración de la recepción del pensamiento maritainiano en España.

Juan Manuel Burgos, doctor en Física y en Filosofía, ha desarrollado su labor docente en universidades de Roma y de Madrid, como el Instituto Juan Pablo II o la Universidad Complutense, así como en otros centros universitarios de América Latina. Es un profundo conocedor de la filosofía personalista, especialmente de la obra intelectual de Jacques Maritain y de Karol Wojtyła. Miembro del Instituto Internacional Jacques Maritain y Presidente de la Asociación Española de Personalismo, de la que es fundador. Además de numerosos artículos en revistas especializadas, ha publicado obras como *La inteligencia ética. Propuesta de Jacques Maritain* (1995), *El personalismo. Autores y temas de una filosofía nueva* (2003, 2ª ed.), *Antropología: una guía para la existencia* (2003) y *La filosofía personalista de Karol Wojtyła* (2007), hasta el momento, su última publicación.

María José Martínez González
Universidad de Navarra

Goebel, Stefan, *The great war and medieval memory. War, remembrance and medievalism in Britain and Germany, 1914-1940*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007. XVIII+357 pp. ISBN: 0521854156. Studies in the Social and Cultural History of Modern Warfare, 25. £45.

Contents, ix; Illustrations, x-xiii; Acknowledgments, xiv-xvi; Abbreviations, xvii-xviii. Introduction, 1-27; Cap. I. Catastrophe and continuity: the place of the war dead in history, 28-80; Cap. II. Mission and defence: the nature of the conflict, 81-155; Cap. III. Destruction and endurance: the war experience, 156-186; Cap. IV. Chivalry and cruelty: the soldiers' character and conduct, 187-230; Cap. V. Regeneration and salvation: the prospects for the living and the dead, 231-285; Conclusion, 286-301. Bibliography, 302-45. Index, 346-57.

En su *Autobiografía*, G.K. Chesterton dedica un capítulo, el once, "La sombra de la espada", a tratar sobre la Primera Guerra Mundial. En ella, como recuerda en esas páginas, perdió a su admirado hermano. Sin embargo, una parte central de esta reflexión a posteriori del conocido autor británico se centra en la importancia simbólica dada al monumento que habría de conmemorar a los muertos de Beaconsfield. De hecho, hay un momento en el que dice: "Si quisiera escribir un libro sobre el conjunto de este decisivo periodo en la historia de Inglaterra, incluida la Gran Guerra y muchos otros cambios casi tan grandes, le daría la forma de una *Historia del monumento a los*

caídos de Beaconsfield” (Barcelona, El Acantilado, 2003, p. 271). Con esta reflexión parece tocar un tema aparentemente menor, pero a partir de él construye un argumento sobre el mundo en el que vive, sobre sus elementos característicos, sobre el futuro. De alguna manera, la memoria de la Primera Guerra Mundial y sobre todo de las personas vinculadas a ella, constituye la plataforma desde la cual analizar las relaciones entre presente, pasado y futuro. Se consideraron unos momentos históricos concretos como un auténtico hito temporal, como algo tan excepcional que era preciso preservar su recuerdo mediante el establecimiento de una continuidad a partir de diversas formas de conmemoración. En este libro se analiza este esfuerzo por recordar, es decir, esta reinterpretación de lo ocurrido, tanto en el Reino Unido como en Alemania, a través de una saludable e ilustrativa comparación.

Lo más significativo de este proceso de rememoración es que el argumento que sirve para hacer comprensibles esos acontecimientos, para dar sentido a lo ocurrido entre 1914 y 1918, fue la medievalización de la memoria, el argumento central del libro que comentamos. No se trata simplemente de la manifestación de una moda pasajera, superficial, vinculada a aspectos superficiales, sino del análisis de lo ocurrido en el período inmediatamente precedente, del intento de comprensión de la enorme turbulencia espiritual que implicó la Primera Guerra Mundial a partir de elementos procedentes de la Edad Media. Las cruzadas, la caballería, la espiritualidad y la mitología medieval proporcionaron una fuente de imágenes con las que dar sentido y significado al legado de la Gran Guerra. La omnipresencia de la muerte llevó a la necesidad de darle sentido; el duelo trató de hacerse de forma reglada, se intentó justificar lo ocurrido y hacer que tantas muertes no fuesen inútiles, que sirvieran para algo. Como recogía de nuevo Chesterton de una vieja canción: “Tantos hombres, tan bellos / muertos todos yacían; / y miles de seres viscosos / igual que yo vivían” (p. 295). ¿Por qué unos habían muerto -¿los mejores?- y otros seguían vivos? Tratar de entender estas cuestiones requirió de poderosos instrumentos interpretativos y la mejor fuente para ellos se halló en una Edad Media también reinterpretada, actualizada, puesta al día mediante la separación de lo secular y lo religioso. En cualquier caso, era la sociedad la que, a través de mecanismos diversos, buscaría dotar de sentido a una manifestación tan palmaria de modernidad. Como señala el autor: “Yet if mourning was profoundly personal, remembrance –through the establishment of social networks and the formulation of languages of commemoration– was a socially framed, value-laden practice and thus inherently political (in the broadest sense). The challenge is, however, to avoid the pitfall of equating political with politicised. To remember meant to affirm or reassemble community, to aver its legitimacy and morality, but not necessarily to engage in the partisan politics of the day” (p. 5).

Este proceso interpretativo a través del medievalismo –término acuñado por John Ruskin a mediados del s. XIX– arraigaba en el siglo XIX, con el revivir gótico en arquitectura, el romanticismo en literatura, el culto a lo caballeresco en la cultura popular, el revivir artúrico y el movimiento *Arts and Crafts* en el arte y el diseño inglés, el germanismo en el arte y la música alemana. En último término estaba mostrando la insatisfacción ante su propio tiempo, la dificultad para admitir el sentido de los cambios que tanto en Inglaterra como en Alemania se estaban produciendo en ese siglo XIX. El medievalismo no sería tanto la resurrección de un tiempo pasado, sino el proceso continuado de creación de la Edad Media para interpretar un presente insatisfactorio, tanto más cuanto su culminación habría sido la guerra de 1914: “Prior to the 1914-18 conflict, medievalism had essentially been a discourse of identity, fuelled by cultural despair in the era of industrialisation. [...] Medievalism as a mode of war commemoration is best understood as a state of mind rather than a state of history, an amalgam of temporal notions rather than a coherent set of intellectual propositions. In fact, medievalist narratives incorporated a set of notations which the historian of today might classify as Germanic, Celtic or classical –notations which were, however, elaborations on the central theme” (p. 14).

Esto plantea una cuestión de radical importancia en la historiografía de nuestros días, cual es la del papel de la memoria, tan difícil de deslindar de la historia pese a sus evidentes diferencias. Y plantea también la importancia del análisis cultural, dado que temas como éste rebasan con claridad los límites habituales. De hecho, el examen de la memoria favorece esta aproximación cultural. Un buen intento es el de nuestro autor, que señala que “the memory constitutes a discursive construct or a cultural representation rather than a mirror or storehouse of past ‘reality’” (p. 14). La memoria es una construcción y como tal hay que analizarla, no como la verdad sin matices, en bruto, refractaria al influjo de su propio tiempo. Siguiendo a Jay Assman, Goebel distingue dos tipos de memoria, la cotidiana, la que desaparece al cabo de tres generaciones, y una memoria cultural, materializada en formas y prácticas y referida a un pasado distante, que necesita vincularse a un sistema de elementos que la ayuden, como los ritos, los mitos o los monumentos. Esta memoria cultural es un producto, una creación, una construcción y lo es porque juega un papel preciso, requerido por la sociedad que la pone en marcha. Durante la Primera posguerra mundial se utilizó el medievalismo como factor cohesionador de la memoria cultural, pero como tal construcción la forma de usarla y de representarla fue muy distinta en el Reino Unido y en Alemania, aunque los elementos que se buscaba entender fuesen los mismos, como el papel del soldado individual en un conflicto industrial. De ahí las tumbas al soldado desconocido, que los situaban en la historia, no eran mera carne de cañón, sino que tenían un papel histórico, se

establecía una continuidad con el pasado más lejano. Representar a los soldados del Maine o del Somme con vestimentas medievales facilitaba esta relación. En este contexto, “[h]istorians helped to reinvent the Middle Ages in the early twentieth century, and their scholarship carried weight in an age of scientific ‘rationalism’. Scholars involved in commemorative activities managed to create an air of academic credibility or modern *Wissenschaftlichkeit* about narratives of continuity -narratives which were in the main eclectic, speculative and ambiguous, for they represented a state of mind rather than a state of history” (p. 63). De ahí también la recuperación de lo germánico en Alemania o de lo céltico en Inglaterra, como una vía a través de la cual establecer lazos con el pasado y mantener una narrativa teleológica que diera sentido. Estos intentos no supusieron una novedad intelectual del período de la guerra, pues en buena parte, la gramática visual para la épica de guerra se había creado en el s. XIX, recurriendo por ejemplo a los Nibelungos en Alemania, y al ciclo artúrico en Inglaterra, como se reflejó en la nueva decoración del Parlamento británico.

Un elemento central en este proceso fue el intento de adjudicar algún sentido a la guerra a través de la reflexión sobre su naturaleza. Tanto alemanes como ingleses la consideraron defensiva y, por tanto, como una misión plenamente justificable, porque desde ambos lados se la consideraba santa, una cruzada. Esto permitió el recurso a figuras como San Jorge, San Miguel o Ricardo I y además se reforzaba así la conexión con Francia y con el rey cruzado, Luis IX, santo y rey, presente en algunos monumentos británicos. Ambos países estarían en el mismo lado, el correcto, la nueva cruzada dirigida hacia ideales profanos como la humanidad, la verdad, la democracia, la libertad, etc. No era la defensa de la fe, sino de la tradición liberal.

En todos estos relatos justificativos se hacía referencia a héroes legendarios cuya función era la de afirmar el papel del individuo en la marcha y el curso de la historia. En ocasiones, la personalización de la guerra a través de la invocación de personajes históricos iba de la mano de la exaltación de los líderes militares, como Allenby o Hindenburg. Al primero, protagonista de la campaña palestina, se le consideraba el último cruzado tras su conquista de Jerusalén en diciembre de 1917, y se le asociaba a Ricardo Corazón de León. Al segundo, responsable de la principal victoria alemana de la guerra en Tannenberg (VIII-1914), se le vinculaba al simbolismo de los teutónicos, pues en él sufrieron la derrota que, en 1410, supuso su práctica desaparición. Su figura se relacionó también con las cruzadas, especialmente en relación a la orden teutónica, sólo que en este caso la cruzada se dirigía hacia el Este, no hacia Palestina. Los nazis reinterpretaron este hecho y el monumento erigido como expresión de la necesidad de expansión hacia el Este y vieron a los caballeros teutónicos como guerreros raciales en busca del espacio vital. “Both narratives centre on a clash with ‘inferior’, non-western

lands and peoples. Both commemorate victories which seemed to have 'corrected' history; Hindenburg reversed Jungingen's defeat while Allenby fulfilled Richard I's dream. [...] The respective 'crusades' which they embodied had contrary objectives: [...] universal values –justice and freedom; [...] German culture or 'living-space'" (pp. 144-5).

Pese a la modernidad de la guerra, a su brutalidad industrial, la retórica medievalizante también se hizo presente mediante una imaginería adecuada que trató de representar la experiencia de combate mediante representaciones más que a través de reconstrucciones de la auténtica experiencia de combate: la mística que rodeaba el hierro y el acero; la evocación de rocas y castillos y, por último, las ruinas medievales. Y si esto era así desde el punto de vista más puramente material, también se puede extender a la consideración de los combatientes, al juego entre caballeridad y crueldad. La modernización y reinvención de la primera se produjo en la sociedad británica a comienzos del XIX, manifestada como fenómeno estético y romántico, que mostraba otra cara a las fealdades de la modernidad. Un efecto de ello fue la exaltación del compromiso de la generación más joven. El sacrificio de sangre de la juventud británica fue épico, el de la alemana, redentor: "The myth of 'the lost generation' [británico] was an elegy not only for 'the lost generation' but also for the lost sense of historical progress; the Langemarck legend [alemana] was a gospel of catharsis leading to a brighter future" (p. 207). Un ejemplo de esta caballeridad fue la asociación del combate con el deporte y sus reglas, especialmente en la novedosa guerra aérea. Los duelos se asemejaban a los torneos medievales y los aviadores a los héroes individuales descendientes de los caballeros de lejanos días. Muchos de los pilotos, tras la guerra, recurrieron en sus memorias al esquema de las leyendas artúricas para describir su experiencia.

Una muestra más del complejo análisis desarrollado por el autor es la atención que presta a los elementos que ayudaran a asimilar la omnipresencia de la muerte. La conmemoración se situaba entre la muerte y la vida, recordando la nobleza del soldado y consolando a los dolientes. La dimensión espiritual del medievalismo estableció un dominio sacro, la tierra de nadie entre los vivos y los muertos. Esto se tradujo en formas y prácticas conmemorativas de inspiración medieval-cristiana; a través del concepto de la muerte como un sueño profundo y encantado derivado de las mitologías nacionales y de los cuentos de hadas; así como de las profecías basadas en las sagas germánicas y las formas en que fueron revividas durante el s. XIX. Para el autor, durante la guerra se produjo un despertar religioso y un declive eclesiástico, incrementando la tendencia decimonónica hacia la diversidad o privatización religiosa y hacia el declive de la religión organizada. Pese a todo, las iglesias fueron el eje de la conmemoración al proporcionar un lenguaje accesible y consolador. La religión ayudó a entender la muerte

como un regalo, como un noble sacrificio que proporcionaba la entrada en la vida eterna, aunque estas apropiaciones de la doctrina cristiana tendieron a ser eclécticas y poco ortodoxas. El sufrimiento y resurrección de Cristo era el principal referente, al que se asimilaba a los soldados muertos. No es extraño, por tanto, que uno de los elementos simbólicos de los monumentos conmemorativos fuera la cruz, aunque en Inglaterra se asociara al catolicismo, a la Edad Media y al papismo. De ahí que muchos protestantes lo rechazaran, vinculándolo a la superstición medieval, como ocurrió en el testimonio recogido por Chesterton. Por el contrario, en Alemania no hubo tales polémicas, pues la cruz no provocaba controversia, al ser universalmente reconocida como símbolo de sacrificio, aunque dependió también de la distribución geográfica de las confesiones.

Para el autor, “[m]edievalism in war remembrance, recovering the fallen and the missing soldiers of the First World War and relocating them in the grammar of medieval history, entwined intimate responses with cultural ones. It was the search for images and themes which provided historical precedents for an unprecedented human catastrophe. Here was hope of redemption through tradition” (p. 286). Para ello, cada uno de los dos países adoptó su propia forma de medievalismo, en buena medida a partir de las tradiciones apoyadas en el s. XIX, con Wagner o Scott como intérpretes de ese medievo. Esto tampoco significa que las respuestas fueran nacionalmente homogéneas, pues es preciso tener en cuenta las particularidades locales, regionales, religiosas, de clase, etc. De hecho, por ejemplo, tenían más en común los católicos que los propios países. La memoria nacional no era homogénea sino plural. En cualquier caso, las diferencias se concentraron en torno a tres aspectos: la naturaleza del conflicto, planteado como nueva cruzada en Inglaterra y como defensa nacional en Alemania; en la conducta de los combatientes, guerreros caballerosos defensores de valores cívicos en Inglaterra frente a guerreros de hierro de virtudes militares en Alemania; y, por último, en la actitud ante la muerte, con la esperanza en el más allá británica y la confianza en el futuro germana.

En definitiva, un atractivo análisis cultural comparado que muestra las potencialidades de una mirada que, pese a sus posibles defectos, enriquece de forma muy considerable nuestro conocimiento.

Stefan Goebel es profesor de la School of History de la Universidad de Kent. Es un investigador de la historia social y cultural de la guerra, con una perspectiva comparada, y especialmente entre Inglaterra y Alemania. Este es su primer libro y ha publicado también diversos artículos y reseñas.

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra